



Reseña del libro *El Balonazo*, de Belén Gopseguí

Círculo de Educación de Granada

139

Los libros que cargan en las mochilas los niños y adolescentes que van a los centros de enseñanza cada mañana, no son siempre un buen aliado para un educador que pretende hacer de la Escuela un lugar desde el que enfrentarse a las injusticias del mundo que nos toca vivir. «Pensar auténticamente es peligroso» dice Paulo Freire en su obra *Pedagogía del Oprimido*, y es ése el peligro que emana de las páginas de *El Balonazo*. La autora defiende que «mientras la ciencia persigue la aplicación particular de una ley general, la literatura busca, por el contrario, la comprensión general de una experiencia particular». Por ello, este libro puede convertirse en una herramienta capaz de generar contradicciones en las prácticas diarias de un niño y de provocar la toma de conciencia de las relaciones sociales de dominación que en ellas se dan.

El Balonazo cuenta la historia de Daniel, un niño que juega en un equipo de fútbol, no tiene grandes habilidades como futbolista, pero quiere aprender a jugar mejor. Los libros no le ayudan en su objetivo, pues cuentan historias en las que los protagonistas siempre terminan ganando,

sin embargo, él ve banquillo y derrotas. A raíz de un encargo que le hace su madre, conocerá a Maxama, un mantero que le enseñará fútbol y algo más que eso.

Y, ¿por qué la lectura de este libro puede convertirse en una toma de conciencia de cómo funciona el mundo en el que viven y de qué manera influye esto en sus prácticas diarias?

Porque muestra el valor del esfuerzo...

La imagen que transmiten los libros, cuentos o películas es, normalmente, la de personajes que por «arte de magia» cambian radicalmente su vida fruto de la casualidad, la suerte o la aparición de un héroe con poderes. Desgraciadamente, libros como *El Balonazo* no son el mayor referente para los alumnos, este papel lo tiene el mercado que se basa en la misma ley de no-esfuerzo que encierran las historias de las que reniega el protagonista. Por ejemplo, véase la forma de tener un millón de amigos con las redes sociales, la facilidad para descargar canciones y, en definitiva, el llamamiento constante a «con sólo un click...».



Esto se asume en la vida de los alumnos hasta el punto de convertir el esfuerzo en motivo de burla. No hay más que escuchar los comentarios de los alumnos cuando se le dan las notas de un examen: «sí claro, es que ese se tira todo el día encerrado en su casa, así cualquiera». También es común oír: «éste toda la tarde estudiando y ha sacado un 4, y yo con media hora en el recreo, un 6», o bien, «ole ahí, que me había estudiado tres puntos de los cinco temas y he sacado un 8».

El libro refleja el valor del proceso y lo plantea desde la contradicción que levanta en alguien que juega a un deporte la frase «lo importante es participar». Cuando jugamos al fútbol, los movimientos, las jugadas, los gestos que se hacen, tienen como objetivo marcar gol, y por lo tanto, ganar. Pero tampoco el objetivo es ganar sin más, porque no queremos hacerlo de cualquier manera. Es por ello que Maxama le dice a Daniel:

140

Mira, casi todos los jugadores quieren ganar, pero ¿a que ninguno quiere que le dejen ganar?,

éste contesta:

Es verdad, eso da mucha rabia.

Pero entonces, ¿por qué no se ve demasiado mal hacer trampa en el juego? Recordemos una frase de un comentarista español en el último mundial de fútbol: «si se llega a tirar, pitan penalti». No nos importaría que España hubiera ganado el mundial porque un jugador hubiese tenido la picardía de engañar al árbitro, es más, ese jugador sería considerado astuto. La cuestión, por tanto, es que la victoria sea una consecuencia de nuestras acciones, ya sea mediante la trampa o el trabajo constante.

Como educadores no podemos negar que lo que se consigue es lo importante, pero no lo es menos la manera de llegar hasta ahí; y si supe- ditamos una cosa a la otra, o negamos una de las dos, no permitiremos nunca que nuestros educandos vivan un verdadero proceso hacia la victoria. En este sentido, dice Maxama a Daniel: «si sólo juegas para ganar, no jugarás para ser mejor, y entonces tal vez tampoco ganes» y «si nunca pierdes, nunca podrás jugar mejor, porque no podrás corregir tus errores».

El planteamiento anterior hace reflexionar a Daniel sobre su actitud en el juego y éste descubrirá que «jugar mejor» no es sólo una responsabilidad individual. Detrás del jugador están los

consejos de su amigo, el entrenador, el banquillo que también forma parte del terreno de juego, etc. En definitiva, se trata de lo que Maxama contesta cuando Daniel le pregunta qué pasa si los errores son de otro de su equipo: «yo soy porque nosotros somos».

Porque replantea la moral que tienen asumida como universal...

Los adultos somos portadores del discurso «lo importante es participar» y a veces enemigos, por esta razón, de la competición. Esta frase suele utilizarse en contextos donde un niño se siente enfadado, frustrado o triste ante una derrota, pretendiendo quitarle importancia al hecho de perder y valorar la participación en sí misma. Sin embargo, esta es una forma de consuelo que anula la posibilidad de profundizar en las causas por las que se ha producido esa derrota; al fin y al cabo es como decirle a los niños «no te preguntes por qué pierdes, con participar basta». Esto a su vez, impide que pueda verse el juego como un proceso del que se va aprendiendo, pues se reduce a la participación consecutiva sin conexión entre partidos.

Nos planteamos qué repercusiones tiene esta actitud en los niños y si realmente se está transmitiendo una posición ante la vida. Pues, ¿qué pasa cuando un niño vive u observa una derrota y le decimos, aunque sea con otras palabras, «lo importante es participar»? Le estamos diciendo que asuma que ha perdido, que no se pregunte por las razones. Porque una derrota puede ser consecuencia de un conjunto de errores técnicos y tácticos, pero también de las diferencias de dinero que mueven los equipos o de las oportunidades desiguales para unos jugadores y otros. Cuando a uno de nuestros alumnos le hagan un contrato de cuatro euros la hora, ¿le vamos a decir «lo importante es trabajar»?

Maxama es un personaje al que le ha tocado perder en la vida. Sin embargo, Daniel no mantiene una actitud de «lo importante es participar», o lo que equivaldría a «lo importante es vivir». Se pregunta por las razones por las que en el trabajo, en la casa, en la familia, en las leyes, etc., Maxama pierde y él y sus amigos ganan. Se pregunta, por tanto, por las clases sociales y sus condiciones de vida; y no le basta con «participar».

Porque dar respuesta al juego es dar respuestas a la vida...

En numerosas ocasiones ocurre que un equipo de un gran nivel adquisitivo, con grandes jugadores y prestigiosas marcas a su alrededor ha sido derrotado por algún equipo o de menor nivel económico o incluso de ningún recurso. Seguro que se nos viene a la cabeza el Alarcón y su gran periplo contra el Real Madrid. El nivel económico y el poder están presentes en el deporte al igual que en la vida, sin embargo, esas «mejores condiciones» tienen que ponerse en juego, y en el juego se puede ganar o perder seas de la condición que seas. Parece que la autora nos brinda una expresión mucho más profunda de lo que su lectura literal nos puede parecer: el terreno de juego.

En este libro, el «terreno de juego» no es un lugar físico, sino un espacio donde no pueden intervenir la manipulación, la dominación, la mentira o el dinero. Todo esto no desaparece por el simple hecho de jugar, requiere de un análisis previo, de saber que el otro equipo juega con todas las cartas a su favor y es, en principio, el más fuerte. Y a su vez, de sacar lo mejor de nuestro equipo unido, de buscar el «talón de Aquiles» de los que tienen el poder, de configurar una defensa para construir el mejor ataque... Si eso se consigue, todo lo que lo hacía superior a un equipo se desvanece y comienza el partido en el terreno de juego.

Pero es muy importante tomar conciencia, saber y analizar muy bien este espacio. Maxama, en una conversación con Daniel, alude a los magos que hay en su país, «debes elegir. En mi

país hay muchos magos. Los magos consiguen que te fijas en lo que ellos quieren». Si no se elige bien en lo que se centra la atención, es probable que sólo veamos un gigante imposible de hacer frente; con mejores jugadores, más seguidores, más poder y más dinero, contra el que no hay oportunidad de ganar. ¿Acaso el sistema capitalista no es un mago que hace que nos fijemos en lo que él quiere?

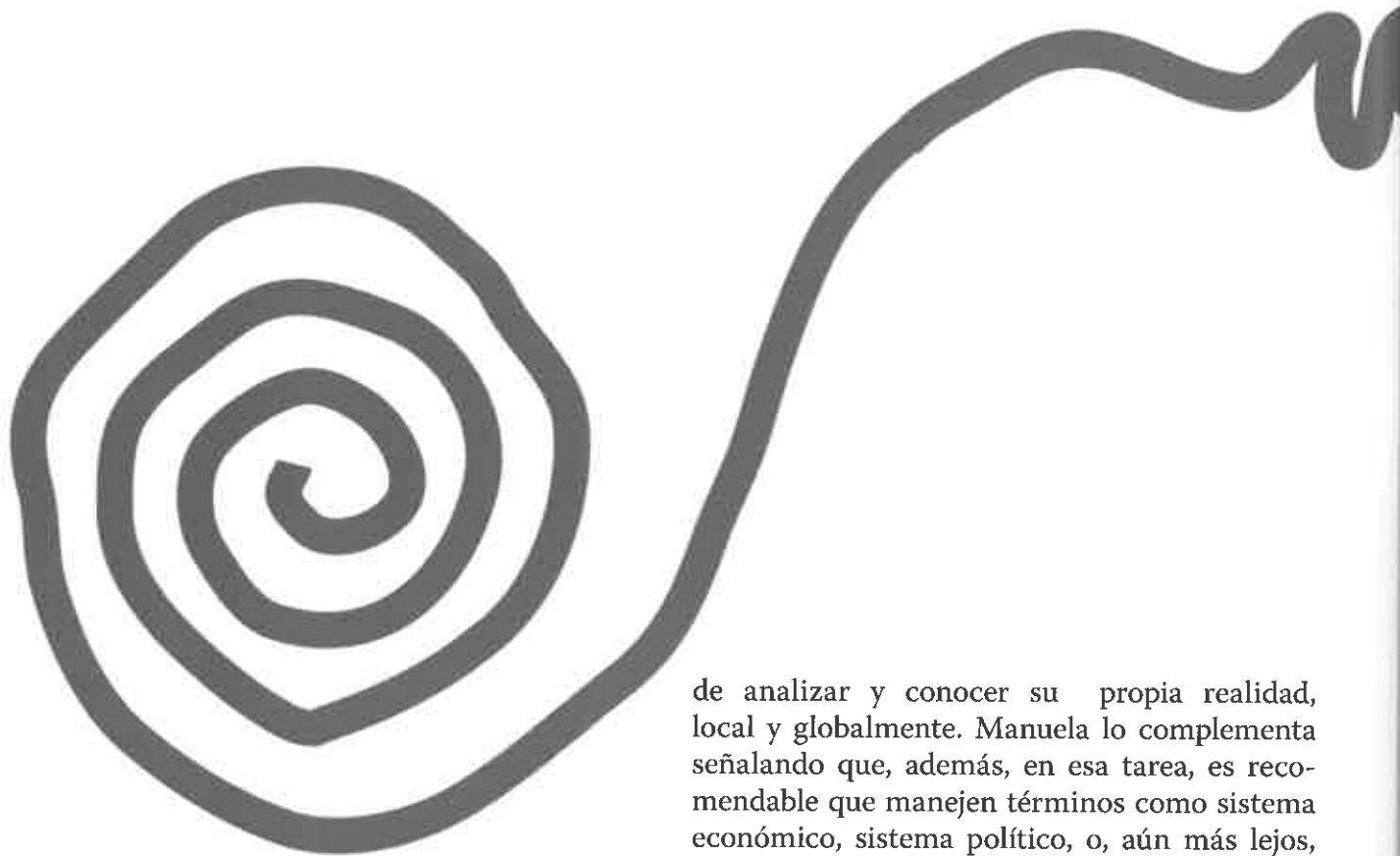
Lo más esencial de la vida es lo que se pone en juego dentro del terreno, donde se establece una lucha en un espacio y un tiempo determinado, donde los problemas se tienen que solucionar de manera colectiva, haciendo al otro mejor, para ser mejores todos. En el libro se dice que el fútbol no es sólo un juego, sino un entrenamiento para más cosas. Esto es lo que va descubriendo el protagonista. Daniel necesita la ayuda de su familia, de sus amigos, de su clase para afrontar una gran injusticia en su vida, solo no puede luchar contra la expulsión de su amigo Maxama, así se lo intenta explicar a su profesora: «El juez ya sabe que esos discos no son nuestros. Pero también sabrá que si se lo contamos es porque somos amigos de Maxama. Porque él nos enseñó muchas cosas». Lo que le pase a él es responsabilidad de todos.

En este libro el terreno de juego no se plantea como un lugar alejado de la vida, puesto que detrás de la victoria, normalmente hay millones de euros de las empresas que fichan a buenos jugadores, pero cuando se entra en él tan sólo te queda la estrategia, las posibles tácticas y tus compañeros. Como en la vida, puede ser una lucha desigual pero el resultado se decide... en el terreno de juego.



De nuevo, alcanzamos esta sección proponiendo a nuestros lectores un dilema; una historia cotidiana, sin buenos ni malos, en la que se expresan los distintos modos de enfrentarse a un mismo problema. Para la ocasión de este especial de educación hemos querido recoger un debate antiguo, aunque no por ello resuelto. Un debate que concierna a todo educador que se plantee una práctica transformadora y radical. Una educación que, por sí misma, contenga elementos que la hagan una práctica revolucionaria. No adelantamos su contenido sino que invitamos al lector a que se introduzca en el debate... y tome partido.

142



El hilo de Ariadna

Enrique y Manuela, dos profesores de un centro educativo público de Granada intentan planificar un proceso de enseñanza-aprendizaje conjuntamente. Su objetivo es que sus programaciones (una de Historia y la otra de Matemáticas) sean, en la medida de lo posible, un todo integrado; con unos objetivos comunes y una pedagogía pensada y definida de manera colectiva.

Su puesta en común comienza con las metas generales. Y el acuerdo viene por sí solo. Enrique habla de que los alumnos se impliquen en el mundo en el que viven, que sean capaces

de analizar y conocer su propia realidad, local y globalmente. Manuela lo complementa señalando que, además, en esa tarea, es recomendable que manejen términos como sistema económico, sistema político, o, aún más lejos, relaciones sociales de producción. Ambos profesores tienen una misma idea de fondo: que los alumnos no pasen por el mundo con la perspectiva de dejarlo como se lo encontraron... o peor. Sino que empiecen a pensar en cómo mejorar ese mundo y en cómo transformar la sociedad en la que viven.

Sin embargo, en el punto en que se disponen a concretar un poco más estas metas generales, aparecen las primeras diferencias: ¿cuáles son los objetivos específicos que mejor ayudan a conseguir esas metas generales?

Aquí Enrique defiende que los objetivos deben centrarse en la adquisición de los diferentes conocimientos que ha llegado a alcanzar

El hilo de Ariadna



nuestra sociedad. «Éstos –comienza a decir Enrique–, permiten a los alumnos entender el mundo en su totalidad y entender su posición en él. Sus injusticias y las causas de éstas. Todo este conocimiento les dará a los chavales la opción de comprometerse con una lucha contra la opresión, y contra sus causas. Si llegara la revolución, tu alumno Ricardo y sus sobresalientes estarían mejor preparados que mi alumno José y sus suspensos». Y continúa Enrique poniendo algunos ejemplos sobre las ventajas que otorga a cualquier tarea en la que uno se embarque el hecho de estar acostumbrado a los ejercicios de análisis y síntesis o deducción e inducción. «Por no hablar –termina diciendo Enrique– de cómo el estudio de los conocimientos que ha generado el ser humano a lo largo de la historia estructural más acertadamente la visión de todo lo que vivimos. Vygotski en la Escuela Sociohistórica lo planteaba de esa manera: cuanto menor es la adquisición cultural de las personas menor es su capacidad de abstracción y su evolución cultural; más esclavos de lo concreto son. Y menos capaces, por tanto, de fijarse un horizonte a largo plazo. Ricardo, cuando ejerza como médico, conocerá mejor que José su propia función en la sociedad y, si me apuras, hasta el sentido de su vida».

Manuela, sin embargo, defiende que los objetivos no se pueden centrar sólo en el conocimiento. Se puede tener una perfecta visión y un análisis real del mundo impecables, pero eso no provocará per se que los alumnos adopten en sus vidas una posición más justa.

Y pone Manuela el ejemplo de Nuria y Sonia, dos de sus alumnas de sobresaliente, quienes atacan cualquier propuesta pedagógica mínimamente innovadora, si ellas intuyen que hace peligrar sus altas notas. «Estas alumnas –replica Manuela a Enrique– son precisamente las más difíciles; porque están muy poco acostumbradas a decidir con más gente. Son hijas de la obediencia. Y los departamentos de recursos humanos de grandes empresas reclaman cada día más este tipo de personas. Y les podrías pedir trabajos inhumanos, que los harán si le ven recompensa. Aún recuerdo lo que, asombrado, me comentaba Joaquín, su profesor de plástica, cuando, ante la maqueta que le hicieron de la Alhambra -impecable, perfecta- les preguntó qué hacía con ella. Ellas le respondieron que lo que quisiera. Que ellas no la querían. Y sabes por qué, porque sólo querían su nota. El conocimiento en sí mismo no vale para nada; ni te hace mejor ni peor persona. Es necesario para llegar donde, como humanidad, hemos llegado. Pero es más bien la voluntad que imprimas en tus educandos de ser fieles a sí mismos y a su vocación de justicia lo que los hará que se impliquen libre y responsablemente». Termina Manuela, además, poniendo algunos ejemplos de cómo la propia práctica educativa con la que enseñas tus conocimientos rezuma una u otra ideología; una u otra manera de enseñar a los niños a estar en el mundo.

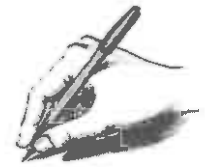
Enrique calla, pensando en la manera en que desde hace décadas lleva explicando la revolución liberal en España. Mientras, Manuela, no deja de pensar en su alumno Ricardo; en sus intervenciones en clase y en sus exámenes.



Tú también tienes algo que decir



Tú también tienes algo que decir



A series of horizontal lines for writing, consisting of approximately 20 evenly spaced lines that span most of the width of the page.